

DIANA

Revista Universal Ilustrada

SE PUBLICA TRES VECES AL MES



“El Aguila”

SAN FRANCISCO 25. — CÁDIZ

Almacenes de ROPAS Y GÉNEROS

Precio Fijo

Sucursales en

Casa fundada en el año 1850

MADRID, Preciados 3	
BARCELONA, Palza Real 13	ALICANTE, Princesa 2
BILBAO, Estación 5	GIJON, San Bernardo 31 y 33
MALAGA, Granado 63	PALMA DE MALLORCA, Colon 38
SANTANDER, Isabel II 2	SEVILLA, Sierpes 70 y 72
VALENCIA, Peris y Valero Letra E	VALLADOLID, Santiago 57
ZARAGOZA, Independencia 1	CADIZ, San Francisco 25

Gran surtido en Trajes Lana dibujos alta Novedad de 17'50 á 70 Ptas.—Trajes dril de 10 á 27'50 Ptas —Trajes Negros desde 25 Ptas.—Selecto surtido en Géneros para la medida. Ultimos modelos en Trajes para Niño.—Sombreros Paja Novedad para Caballero, Tipo especial de la Casa Ptas. 3.—Surtido en Sombreros y Gorras para Niño.—Mantas para viaje y Porta-manta, Impermeables y Guarda-Polvo.—Constante surtido en toda clase de Prendas confeccionadas.—Trajes de Levita y Frach, Togas de Paño y Seda. Pidase el Catalogo general.

AÑO I.

NÚM. 7

Cádiz 10 de Julio de 1909

Número 20 cénts.



DIANA

Director: EDUARDO DE ORY

Redactor Jefe: E. Andicoberry Ruiz

Redacción y Administración:

Alameda 18.—CADIZ

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA

Publicación decenal de Letras, Ciencias y Artes.

Toda la correspondencia al Director.

No se devuelven los originales.

PRECIO DE SUSCRIPCION

En Cádiz un mes	Pesetas 0'50
En Provincia un trimestre	1 50
Extranjero un año	7'00
Número suelto	0'25
Idem atrasado	0'50

COLABORADORES DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Acevedo, Javier
 Aguilar, Agustín
 Alcántara, Julian de
 Arciniegas, Ismael E.
 Arguello, Santiago
 Arguello, Lino
 Andreu, Guillermo
 Blanco, Alfredo
 Burgos, Carmen de
 Blanca Cordero, A.
 Berdejo Casañal, M.
 Cansino Assens, R.
 Casañal, Alberto
 Camacho, Tirso
 Cortés, Narciso A.
 Cazaban, Alfredo
 Camuñez, Servando
 Cano, Carlos
 Cestero, Tulio M.
 Correa, Eduardo J.
 Corvera, Manuel
 Carbonell, José M.
 Cortines Murube, F.
 Castillo Soriano, J. del
 Carbonell, Néstor
 Callejas, Félix
 Cano y Cueto, M.
 Contreras, María del P.
 Chavarria, Lisimaco
 Covarsi, Adelardo
 Darío, Ruben
 Dominguez Tejedor, S.
 D'Ayor, M. Lorenzo
 Diaz, Topoldo
 Diaz de Escovar N.
 Dominici, Pedro
 Domenech, Francisco J.
 Durbán Orozco, José
 Doucet, Luis M.

Estelrich, Juan L.
 Estrada, Norberto
 Estrada Paniagua, F.
 Escalera, Francisco de la
 Fernández Lasso, Manuel
 Franco Fernández, F.
 Fernández Gao, José M.
 Fiallo, Fabio
 Francés, José
 Flores, Julio
 Fernández Rios, Ovidio
 Foncueva, Esteban
 Galvez, Pedro L. de
 Garcia Salgado, Alfredo
 Garcia Marcili, E.
 Garcia Soriano, M.
 Gómez Carrillo, E.
 Gómez Jaime, Alfredo
 Gómez Núñez, Severo
 Gómez Moreno, José
 González Anaya, S.
 González Blanco, A.
 Herrera Yrigoyen, J. M.
 Hoyos, Antonio de
 Hoyos, Julio
 Huertos, Luis G.
 Ilera Medina, Z.
 Illa Moreno, J.
 Jara Carrillo, Pedro
 Jiménez, Juan R.
 Lapi, Fernando
 Lasa, Manuel
 Lavín, Leonardo R.
 Lasso de la Vega, F.
 Lasso de la Vega, R.
 León, Ricardo
 López Venegas, Cándida
 Lozano Carlos
 Luquè y Beas, José

Llorente, Teodoro
 Llopis Reynel, Carlos
 Mayorga Rivas, R.
 Montenegro, Dolores
 Martínez Sierra, G.
 Mata Andrés, A.
 Marinetti F., T.
 Mato de Tourner, C.
 Medina, Vicente
 Mencos, Alberto
 Miranda, Carlos
 Miró, Gabriel
 Milego, Antonio
 Molina, Victoriano
 Monterrey, Manuel
 Muñoz S. Román, J.
 Murga, Bernardino de
 Méndez, Joaquín
 Nervo, Amado
 Ortega Morejón, J. M.
 Ortiz de Rinedo, J.
 Oteyza, Luis de
 Pasalagua, Carlos
 Pérez y Curis, M.
 Peza, Juan de Dios
 Pichardo, Manuel S.
 Pelayo, Miguel
 Pontones, Ramón
 Pozo, Remigio del
 Picón Febres, Gonzalo
 Pina, Rafael de
 Piñero, Javier
 Pujol, Juan
 Ramirez Angel, E.
 Romero Martínez, M.
 Real Rodríguez, A. del
 Real Rodríguez, J. del
 Rendón, Victor M.
 Rey Joly,

Rodao, José
 Rodó, J. Enrique
 Rodríguez Embil, Luis
 Rodríguez Embil, Manuel
 Rodríguez Delgado, R.
 Rojo Villanova, A.
 Reyes, Arturo
 Romano, Luis
 Riaño de la Iglesia, P.
 Rubio, Adolfo
 Rueda, Salvador
 Salazar, Rodolfo de
 Samaniego L., José
 Sánchez Fort, R.
 Sánchez Rodríguez, J.
 Sancho Adellac, J.
 Santa María, Julio
 Santos Chocano, José
 San Román Miguel de
 Sassone, Felipe
 Sawa, Miguel
 Soto Hall, Maximo
 Torre Ruiz, A.
 Turcios, Froilán
 Teisera, Faustino M.
 Ugarte, Manuel
 Urdaneta, Ismael
 Urbano, Ramón A.
 Urbach, Federico
 Val, Mariano M. de
 Valencia, Guillermo
 Valderrama, Felipe
 Valle, Manuel
 Valenzuela, Jesús E.
 Vasseur, Armando A.
 Vázquez de Aldana, E.
 Villaverde, Manuel M.
 Zamacois, Eduardo
 Zorrilla San Martín, Juan

Redactor fotográfico: José Reymundo.

NOTA.—Los trabajos que se reciban de la colaboración espontánea, serán sometidos a nuestro Consejo de Redacción que decidirá si han de insertarse ó no.

DIANA

REVISTA-UNIVERSAL-ILUSTRADA

AÑO I. ||

CADIZ 10 DE JULIO DE 1909

|| NÚM. 7.

Los Triunfantes



Eduardo Zamacois

LA RISA EN EL TEATRO

Le preguntaron á un niño:

—¿Qué entiendes tú por «estar de buen humor?»

A lo que el muchacho repuso:

—Estar contento ó de buen humor «es reir, hablar, abrazar...»

Este hecho, récogilo habilmente por Darwin, es de una exactitud científica absoluta, por cuanto en los niños la voz del instinto canta sin que le manchen impurezas de reflexión, y demuestra que la risa es un fenómeno de *sociabilidad*, ya que los alegres, mientras ríen, sienten necesidad de abrazar y de hablar cual si esta exteriorización de afectos corroborase su bienestar y ufanía.

«Los temperamentos solemnes —dice el astuto psicólogo Bain, refiriéndose á la risa— no conocerán nunca el placer de este abandono.» La observación es justísima; los austeros, los preocupados, los solitarios á quienes revés de ambición y alardes vidriosos de soberbia obli-

gan á permanecer reconcentrados en sí mismos, no ríen ó ríen mal. La hilaridad, como la mayor parte de nuestros afectos, es un sentimiento contagioso ó «reflejo» oír risa ajena aumenta el propio regocijo. ¿Quién no ha reído escuchando las carcajadas grotescas de un fonógrafo?... La bocina del maravilloso aparato no contaba ni decía chistes, ni nada que tendiese á disponer lógicamente en el espíritu un paisaje cómico, no hacía más que reír, y ello bastaba para que nosotros le imitásemos.

De aquí la opinión de James Lange, opinión consignada después en muchos libros, de que «los espectadores ríen tanto mejor cuanto más gente hay en el teatro.»

Conviene observar lo que sucede en los teatros, según que la obra sea grave ó cómica.

Vamos á presenciar un drama ó una «alta comedia,» con situaciones emocionantes, caracteres bien trazados y conflictos pavorosos de corazón y de pensamiento, y apenas el telón se levanta y los efluvios magnéticos de la ficción escénica comienzan á invadir nuestro ánimo, cuando sentimos que todo lo que nos rodea se empequeñece y desdibuja, cual si en esos momentos de intensa meditación y poderosa sentimentalidad, experimentásemos la necesidad perentoria de refugiarnos en nosotros mismos. A los enamorados, á los celosos, á los avarientos, el mundo les estorba; son impulsos del espíritu de tan robusta naturaleza, que cada uno de ellos basta á llenar una conciencia. Las grandes pasiones son solitarias; son como reinas omnipotentes que no reparten con nadie el dominio de las voluntades que rindieron.

Por el escenario pasan, bajo nombres distintos, las almas lívidas y profundas de Shakespeare, de Rostand, de Ibsen, de Maeterlinck, de Bjorson... y cada una de ellas trae en la frente un latido profético de lo insoluble...

Entonces todo nos molesta: las luces, una puerta que se cierra, el niño que llora en la galería, el espectador que se rebulle á nuestro lado, *Hamlet*, *Cyrano*, *Lang...* han despertado en nuestro cerebro la sinfonía de los problemas inmensos; disciplinas de tinieblas ardientes flagelan el espíritu. Una voz terrible pregunta: ¿De dónde vienes? ¿Por qué sufres? ¿Qué será de tí y de los que amas? Y los músculos tiemblan de pavora y el hielo de la nada corre bajo la epidermis.

Y lo que ocurre con las obras alcanza también á los actores: en la soledad su labor se en-

grandece, la obscuridad y el silencio les magnífica, sus gestos parecen más amplios, la sonoridad del teatro casi vacío presta á sus voces robustez imponente. Un drama representado ante un puñado de espectadores es para nosotros como un recuerdo de algo vivido, santificado por el alma de la raza. Si los actores conociesen el máximo valimiento de este fenómeno, no se dolerían nunca de trabajar ante un público escaso.

Lo contrario sucede en las representaciones cómicas: la presencia de muchos espectadores fortifica nuestra alegría; los labios entreabiertos y los ojos brillantes, las mejillas rojas y sopladitas por la risa, aumentan el general contento; borbotones estruendosos de hilaridad llenan la sala, apenas se oye lo que en el escenario van diciendo; pero no importa: estamos satisfechos de ver que todos lo están; las carcajadas que vuelan crepitantes de boca en boca, parecen decirnos que la vida es buena, cuando no ridícula, y que nada, por tanto, merece el honor de un fruncimiento de cejas. Esta emoción redundante en provecho de los actores; en momentos tales, lo malo se olvida, lo mediano parece excelente, y un repentino deseo de fraternidad une á los espectadores con los artistas cual si el hada indulgente de la risa echase sobre todos su manto excelso de peruanos.

En esta risa, que pudiéramos llamar «colectiva», hay mucho de infantil.

La risa implica cierta protesta contra el medio ambiente siempre molesto, cuando no hostil, que nos rodea. La labor diaria, las obligaciones que la familia impone al individuo, los fastidiosos deberes sociales, la obsesión de un porvenir inseguro, quitan á los flacos de espíritu las ganas de reír. Porque reír es eso; olvidarlo todo, desdeñarlo todo. «La vida humana—dijo Bain—está hecha de esclavitud y de libertad; y el tránsito de la una á la otra es la risa.»

La risa, por tanto, es fuga, liberación, algo reflexivo que momentáneamente, quita al espíritu las apretadas ligaduras de la realidad.

Por eso en el teatro la risa agena, recordándonos que somos libres, nos hace felices: aquellas carcajadas son como un grito de independencia; las almas desembarazadas de su odioso lastre de recuerdos, retozan contentas; es la alegría nerviosa, desbordante, de los niños que, los sábados por la tarde, á la puesta del sol, salen del colegio. Sentados en nuestra butaca vemos desfilan, unos tras otros, cuadros diversos, y creyéndonos zafos del mundo reímos ufanos hallando que si es doloroso y hasta trágico vivir, nada hay tan delicioso ni tan bufo como ver vivir á los demás.

Yo venero esos teatros, verdaderos sanatorios de voluntades, donde se ríe á carcajadas como reían los dioses de Homero á los postres de sus banquetes cotidianos. La risa, rival vencedora de la voluptuosidad, es casta y fuerte. La risa es la salud.

EDUARDO ZAMACOIS.

Elegía filial

Al Ldo Manuel Estrada Cabrera

En el recogimiento de tu hogar silencioso,
mientras que afuera bulle la ola popular,
dueño de toda tu alma, dueño de tu reposo,
enciendes con tu mano tu lámpara en tu altar;
y evocas en el día de tu melancolía,
un perfil amoroso que no dice placer:
es un perfil que viene desde la lejanía
á concretarse en una silueta de mujer.

Y esta mujer no es como la que nos dió sus rosas
entre las poesías de las humanas prosas,
como la que el minuto llenó de regocijos
y puso en nuestras noches constelaciones de hijos;
esta mujer no es hecha de sol, sino que es una
mujer hecha de luna;
la que oprimió á su pecho nuestra infantil cabeza;
la que en nuestros cinco años nos dijo: «¡Cree y reza!»
la que en nuestros diez años nos llevó á los senderos
á jugar con abejas, pájaros y corderos;
la que en nuestros quince años amparó la nocturna
lámpara del estudio cual si fuese una urna;
la que después, en horas en que con su tenaza
el odio nos quisiera morder el corazón,
nos hizo ser más grandes siempre que la amenaza
y menos vengativos que la difamación...
Esta mujer es como la rueca que movida
por el amor del mágico hilo de nuestra vida.
Es tu madre: es mi madre. ¡Nuestra madre, Señor!
¿Qué nos importa el odio, si tuvimos su amor?

Cada vez que la ira crípe á tus pies sus olas,
cada vez que el amigo falaz te deje á solas,
cada vez que los hombres nieguen tus aureolas
y que Dios no le preste su oído á tu querella,
enciérrate en tí mismo y acuérdate de ella;
que, como en este día, mientras que el can maldito
de los odios humanos te amenace y te ladre,
á llevar á tus horas la paz de lo Infinito,
iremos en tu busca cuantos tenemos madre ..

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

ADVERTENCIA.

Desde el presente mes, DIANA aparecerá decenalmente, sin que por esto se aumente el precio de suscripción y el de los anuncios contratados.

Creemos que tal reforma será del agrado de nuestros lectores, á cuyo favor queremos corresponder de este modo. La Redacción.

Rubén Darío

Notas de un diario íntimo, escritas con honesta buena intención. Homit soit qui mal y pense, mi querido y admirado Rubén Darío.

París, Mayo 18 de 1907.—El pintor mejicano Montenegro, para quien fué escrita, inspirándose en uno de sus dibujos, *La hembra del pavo real*, me comunica la dirección del maestro, recomendándome la reserva: 3 rue Corneille, frente al Odeón.—Portera gruesa, patio gris, escalera de madera. Tiro del cordón y la campanilla sorprendida ladra en el silencio de la casa. Minuto de espera, la puerta se abre y colma el estrecho espacio una figura fuerte, de color ligeramente bronceado, envuelta en bata de seda á flores, marrón, el continente sereno de un budha. Un amigo me previno: «es de poco hablar,» y cuando me despedí, podía afirmar lo contrario. Le escuché conversar durante dos horas, espiritualmente de hombres y cosas de América, y sobre todo de la cocina de Nicaragua, de manjares que su imaginación evoca enriqueciéndolos, que siborea con deleite cuando los nombra; y mientras, seguí el curso de esa leve raíz que extrae savia de nuestras tierras, percibiendo lo que es en su espíritu de América, magüer el helenismo, quatuocentismo y el siglo XVIII.

Mayo 23.—Luis Bonafoux y yo, hemos sido escogidos para testigos de un documento consular que se relaciona con su demanda de divorcio. Nos reunimos en casa del poeta que se ha hecho con esmero el nudo de la corbata. Una hora de paciente espera, la portera enviada á buscar un automóvil, llega pedestre y sofocada. Ya está, pues, cerrado el Consulado General de Nicaragua. Salimos. El paso medroso del poeta revela las huellas del último quebranto físico. En la verja del Luxemburgo, tomamos un coche. Cálida tarde primaveral, las acacias florecidas inciensan, la parisién de gracia maleante es el motivo dominador en el concierto de la estación; los sentidos del poeta perciben la vida intensa que le rodea, se dilatan las narices, llamean los ojos de fauno, y exclama: «Como las encuentro bellas á todas.» En el boulevard nos trasladamos á un automóvil, negro y guiado por chaffeur español, por lo cual opina Bonafoux que nos estrellaremos. Estación en la Bodega de la rue Rivoli. El poeta advierte: «Aquí las propinas son siempre blancas,» y paladeando el cocktail, recuerda que este era el medio en el cual el Des Esseints de *Huy-smans*, realizaba sus imaginarios viajes á Londres. El automóvil corre por las avenidas del bosque, los ojos del fauno persiguen las hamadriadas, hay muchas faldas claras tendidas en el césped de la gran flores: a latina de injerto heleno, el poeta mira complacido y asom-

brado, niño y sabio á la vez; Bonafoux relata á venturas del terrible anarquista Morral, destila filosofía aliñada con chistes droláticos, y yo pronuncio palabras llenas del calor y sol del trópico que resultan perfectamente cursis en la serenidad del ambiente. Nueva dilatada estación en la Bodega, luego el Grand Chatam, pues alguien dice que sus cocktails son superiores, y allí de tal modo y tan en voz alta nos intrincamos en asuntos de la América Latina y su posición en la próxima Conferencia de la Haya, que un inglés, participe con nosotros del dominio de la sala, se indigna marchándose sin los postres. Comemos por elección del poeta en el restaurant del Bal Tavarin: huevos helados, carne sangrienta, rociados con viejo Burdeos. Alguien se siente calamocano. Bonafoux fiel á Asnières deserta á las once. La colina sagrada está encendida. Bajo las aspas rojas del molino famoso, la alegría pánida de Montmartre se desborda, animada por las cuadrillas del Tavarin, danzas españolas del Rat Mort, champagne, y más que todo, la primavera!... Luego he visto al poeta enfermo, lamentablemente poseso, pero siempre grande: así la naturaleza, madre de la espina y de la rosa.

Septiembre 7.—Días atrás en La Haya recibí un telegrama del poeta anunciándome su partida para Nicaragua y su deseo de verme antes, por lo cual á pesar de los encantos de Brujas la Muerta, abrevié mi peregrinación por el país de Flandes.—El mismo había tomado para mí una habitación en el Hotel Corneille, número 5. Al darme la bienvenida en su casa me hace notar que las flores que la perfuman han sido cortadas en mi obsequio, y en grata charla de sobremesa, me cuenta sus días veraniegos en La Pagode, un rincón de Bretaña propicio á los sueños; uno de los cuales fué huésped de Saint Paul Roux-le-Magnifique, quien le agasajó con largueza, encantándole la gracia de la esposa del colega francés; tranquila vida trunca á destiempo por un eslabón de su cadena conyugal, incidente que es un paso de comedia y que á sus ojos temerosos tiene aspecto trágico. Tras una pausa agrega que Remy de Gourmont, acompañarlo de su hermano Jean, le visitó hace dos ó tres días, exponiéndole su propósito de traducir al francés una selección de sus poesías y editarlas precedidas de un estudio de Gourmont; me lee: *La balada en honor de Musas de carne y hueso*, prólogo lírico para *La Casa de la Primavera* de Martínez Sierra, y entonces, con la intención de escribir otro para un libro mío, pide una botella de champagne; me despido á las diez, para encontrar á Gómez Carrillo en el café d'Harcourt, y el poeta demanda, una vez más, versos al diablillo que bulle en la copa de oro...

Octubre.—Hay varias notas en mi diario, en las que se ligan elementos heterogéneos á la simple vista: *Los Hors d'Oeuvres* de la Brasserie Universelle y *Azul*; *Prósas Profanas*, y el pilaff del Café La Paix; *las ancas de rana* de Chez

Margueritte y *Era un Aire Suave*; *El Coloquio de los Centáuros* y los picantes de un sórdido figón oriental del Barrio Latino; el candor y la subiduría de *Cantos de Vida y Esperanza*, con el *canard rotis* de la *Tour d'Argent*; su emoción de hinojos ante León XIII y las romerías por callejuelas grávidas de pecados. El poeta vive y canta en su época, en su mente se alían todos los placeres; le place el buen vino añejo y la Biblia, el automóvil y el castillo medioeval; la Venus Mútila y la equívoca chicuela que trota por los boulevares al crepúsculo; el sayal franciscano, las levitas inglesas y su uniforme diplomático; frecuenta excelentes cocineros y autores inmortales, y si peca, Señor, como el místico de *Sagesse*, ofrece paralelamente y á guisa de penitencia, diarios milagros de bellezas.

Octubre 25.—Después de comer detestablemente en la Gare Saint Lazare, de reir los chistes de Bonafoux, embarcamos en el tren de Le Havre. En el andén quedan, entre los adioses, una actitud heroico-cómica del carlista señor Remojana y un gesto de ira hecho contra el poeta por manos que fueron bendecidas enlazadas á las suyas. El tren corre por los campos dormidos, el poeta apura vino de coca Mariani y me relata su vida, largo infortunio, lleno de poesía: un abuelo asesinado, el padre descaecido, una ría sembró el ánimo infantil de temores que aún perduran y le dió este nombre que á don Ricardo Palma le plugo pseudónimo; el amor de Stella, el viaje á España y luego esta cadena que en breve romperá el divorcio, y nuevas peregrinaciones, desventuras y triunfos. Y hoy, propósitos de fortaleza, de método en la obra, fama y honores. Y siento en la noche, cristalizarse en una lágrima, el dolor y la debilidad que se deslíen en el reconstituyente Mariani. El tren se detiene junto á la Provence.

Y cuando el trasatlántico zarpa rumbo á New-York, ignorando que conduce gloria positiva, el más alto poeta de la raza en esta hora, el arado vigoroso que ha roto la tierra renovando el pensamiento poético en el solar español de ambos mundos, me alejo soñoliento por las calles del puerto normando y á pesar de la niebla, del coche y las casas ciudadanas, de la envidia y las rivalidades, de él, de mí mismo y de todos, contemplo una ala blanca, águila ó paloma, que vuela por campiñas en flor.

TULIO M. CESTERO.

Meditación

Cuando terminé la lectura de ese libro, rico por todos conceptos, al que su autor puso por título *Senda de tortura*, no pude reprimir una imprecación contra los hombres: esos hom-

bres... eternamente equivocados, que precipitaron cruelmente á un bravo caudillo, á una vida pletórica de amarguras y desengaños. Y medité: medité con serenidad, imparcialmente, estudiando con detenimiento la psicología de Benigno Varela; y de aquellos momentos de recogimiento y abstracción, deduje, sin que la duda velara mis juicios, que los hombres fueron injustos, muy injustos, con el autor de *Senda de tortura*.

Para mí, Benigno Varela es aquel protagonista de *Coriolano*, del inmortal Shakspeare; es aquel valeroso Cayo Marcio, víctima de los errores de un pueblo, que pagó su generosidad con ingraticudes y calumnias. Yo encuentro una perfecta afinidad entre estos dos héroes. El carácter altivo, orgulloso; sin arrastrar su alma en el fango de la adulación; la valentía temeraria y la conciencia del deber; el desprecio á la vida; todas aquellas cualidades que mostró siempre Cayo Marcio, parecen haberse infiltrado en este mosquetero contemporáneo.

Yo no conozco á Varela; nada tengo que agradecerle, y, por lo tanto, puedo decir libremente lo que siento, sin temor á que la maledicencia pueda creerme «un agradecido».

Varela tiene para mí, las simpatías de las almas grandes. Veo en él un espíritu superior á nuestro siglo: uno de esos caracteres de las leyendas de Dumas. En él resucitan aquellos héroes del siglo caballeresco, exentos de pasiones mezquinas, libres de prejuicios, y que todo lo acomodaban á la justicia de su bien templado acero. Yo no llamo á Varela «quijote», porque sus actos no fueron inspirados por la locura de *desfacer agravios y enderezar entuertos*. Yo he visto á través de las conmovedoras páginas de *Senda de tortura*, no á un loco, sino á un alma generosa, llena de bondades, en la que se albergaron siempre, la abnegación, la gratitud, la más encantadora firmeza y el más puro amor. He visto un alma de acero forjada entre los golpes de todas las pasiones, pero siempre dispuesta á la clemencia. Francamente: he llorado leyendo las páginas sentidas y brillantes de su libro; y he formado del autor tal concepto, que no dudaría en abrazarle efusivamente, si alguna vez tuviese la dicha de encontrármelo.

Es su libro, «acto de contrición»: es un «yo pequé» sincero, digno, sin que el más exigente pueda encontrar en su *Senda de tortura*, otros delitos que su excepticismo y cierta *violencia* en el lenguaje. Pero ¿no es esto harto disculpable, tratándose de un corazón tan herido?

El hombre que «rodó» por cárceles y destierros; que perdió su fortuna en aras de un ideal; que se vió abandonado de todos en los trances amargos, ¿puede esperar algo bueno de los hombres? Sólo puede esperar lo que, á mi juicio, él espera: una bala que haga cesar los latidos de su corazón, poniendo así término á tantos sufrimientos, ó una traidora puñalada.

dada á oscuras y en el silencio de la noche, que acalle para siempre la vibrante y firme voz de su indignación, que como látigo estridente azota el rostro de sus enemigos.

Yo no diría como Manuel Bueno: ¡perdona! yo le gritaría eternamente; ¡desprecia! Perdonar, equivaldría á hacerse cómplice de las *equivocaciones* hartamente lamentables de esta sociedad todo mentira. Y Benigno Varela que ha sido su víctima, que no puede perdonar porque el dolor de su madre clama venganza, ya que no pueda convertirse en juez, debe despreciar intensamente y olvidar su pasado romántico...

E. Andicoberry Ruiz

DE RETORNO

Con un severo ritmo voy llevando á tu puerto el esquife que ha mucho zarpó de mi Bizancio; y dirijo á tu imperio real, mi rumbo incierto, besado por el tedio de un idealismo muerto, besado por el tedio de un supremo cansancio.

—
Mi barco flota y flota contra los aquilones, la luna surge y teje sobre el mar una raya, y me embriagan los ecos de sentidas canciones mientras que desde el punto distante de la playa se agitan los pañuelos en sus saluciones.

—
¡Cómo crujen las velas por el viento azotadas, vuelan mis alegrías hacia tu imperio, locas! dispersas por los aires en furtivas bandadas; y por los vendavales las olas agitadas se quiebran sobre el flanco potente de las rocas.

—
Mi barco flota y flota desarmoniosamente, el mar hincha sus senos en un vago concierto, la luna vierte el lampo de su luz, vagamente, y en tanto que me agitas tu pañuelo, clemente, sueño con el amable refugio de tu puerto.

JULIO CÉSAR ARCE.

LA ÚLTIMA VISITA

Acabó de agonizar el crepúsculo, y un silencio venido de muy lejos acarició la cordillera y las alquerías. Allá donde hace la curva el camino, vi venir una sombra; pasó toda la vereda y entró en el camellón florecido de retamas.

Era un viejo, con muchos años en la frente, con mucho gris en la barba, con mucha tristeza en los ojos, trala remangado su pantalón de retazos policromos para que no lastimara la llaga de la pierna. En su diestra,

callosa y sucia, tenía la vara para apoyarse y un manojo de plantas arrancadas en el campo.

Penetró en el cementerio y ya en la calle de pinos negros de la izquierda, descubrió su cabeza enmarañada, una cabeza donde vivían tantos pesares.

A poco se detuvo mientras pasó por sus ojos la manga de su camisa grasienta para secar el primer llanto. En seguida sintió miedo por unos instantes; miedo de las estatuas blancas, miedo de pasar junto á la puerta de la cripta llena de tinieblas, miedo de una sombra que vió llegar á uno de los nichos que adornan el osario común, miedo de sentir el vuelo de una golondrina que llegó tarde á su agujero en el muro de la capilla.

—
Siguió.

—
Tenía que atravesar casi todo el cementerio para llegar á una sepultura cubierta con un montón de guijarros allá en el patio de los pobres.

—
La silueta del viejo, avanzando por el leñal del camellón oscurecido, dejó de verse un momento. Se había acercado á un mausoleo para quitar algo. Salió de nuevo. Siguió hasta perderse en el fondo bruno del recinto.

—
Y cuando yo llegué al último de los pinos negros, él se hallaba ya en mitad del área escueta, casi envuelto en una sombra que rodaba por entre las cruces descuartizadas y un matorral salvaje, de rodillas junto á la fosa de Lina: la frente apesarada tocando el montón de tierra estéril; los ojos, ¡oh! los tristes ojos del viejo volvían á dar gotas de lloro, última esencia de su alma de sesenta años.

—
Se levantó después de haber sembrado una planta que como muchas dejadas antes, no se conservaría. Las plantas sólo florecen en las sepulturas de los ricos, porque sus deudos pagan al jardinero. Regó algunas flores casi marchitas y se quedó mirando fijamente la sepultura como para ver al través de la tierra el espectro de su hija.

—
Decía paso:

—
—He mirado siempre por las tardes las figuras de gris que se forman al Occidente sobre el fondo pálido del cielo: palacios, fuentes, ángeles, rocas, aves, figuras como de niños que juegan, figuras extrañas con alas inmensas... Ayer, la nube más alta hizo una silueta que eras tú misma, con ese peinado que llevabas el último día que fuimos á la parroquia, cuando tú no eras ángel, cuando yo no era mendigo.

—
Me figuro allá la gloria, entre esas nubes donde vi tu figura que trazó la tarde y borró la noche. Si en verdad existe el Señor, dile que tu padre es un viejo que tiene llagas en los pies y escarcha sobre la cabeza; un viejo que debe morir para que sus manos descansen, se aquiete su corazón agujado por lo triste y deje de sufrir el frío de las madrugadas, que penetra por entre los harapos y le despierta para recordarle que no hay pan. Un viejo que debe morir porque le falta aliento para venir á visitar tu sepultura después de la caída del sol, y no podría recogerse tranquilo en su barraca sin haberte dejado flores por la tarde.

—
Esperaré más días, y si brotan los pompones blancos del azuceno que acabo de sembrar, me habrás oído y vendré pronto junto á ti para toda la noche...

—
Lina, hasta mañana, después de la caída del sol.

—
Y el viejo atravesó el pedazo de cementerio escueto y entró en la calle de pinos negros, paso á paso, pen-

sando: ¡Ah!, las plantas sólo florecen en las sepulturas de los ricos, porque sus deudos pagan al jardinero.

Antes de llegar á la puerta, se volvió para mirar el fondo bruno; tiró de una cuerda, y dos campanas verduscas, muertas de frío, suspendidas de la primera rama de un eucaliptus gigante, hablaron algo muy significativo. Se quejaron con su palabra seca y triste, y ésta no pasó de los muros carcomidos que circuyen el recinto.

Y mientras él se alejaba, yo vi una multitud de sombras que cruzaron por las arboledas, que pasaron tras de los túmulos, que salieron de la cripta llena de tinieblas.

Era ya la hora en que las flores de muerto dan ese aroma que se expande por el suelo lleno de cruces descuartizadas, y llega hasta el nido de las golondrinas en lo alto del muro de la capilla.

Cuando todas las sombras daban un paseo nocturno por las callejuelas, una se llegó hasta la verja de salida y, junto á mí, se estuvo contemplando al viejo que se alejaba, que se perdía, después de haber pasado el camellón florecido de retamas.

Al anoecer siguiente, cuando ya el silencio venido de muy lejos acariciaba la cordillera y las alquerías, fui, para ver llegar al medigo con su manojito de plantas.

Por la curva del camino venía un pequeño grupo que atravesó á paso largo la vereda. En hombros de dos infelices la parihuela fúnebre de los campesinos y en ella el viejo: amarillo, la faz y las manos; gris, la melena enmarañada, las cejas y la barba.

El crepúsculo también había sido amarillo y gris...

Quise acompañarle. La noche ya lo halló cubierto de tierra y en el recinto hubo manto negro como en un paño mortuario. Sólo hacía falta que resaltasen algunas manchas blancas que semejaran espíritus: por ejemplo, los pompones del azuceno.

ALBERTO SÁNCHEZ.

BELLEZAS DE AMÉRICA



MUJER YANKEE

LOS VALIOSOS

Don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro

Un día, paseando por la calle de Alcalá, en Madrid, vi al regio Emperador de nuestra actual literatura, entrar en el Circulo de Bellas Artes. Y entré detrás de él. Ni me conocía de nombre siquiera,—quién se preocupa de los ignorados?—y yo, que ya había leído sus joyescas *sonatas*, quería que me conociese. No por el afán de gloriarme con su amistad; por el deseo de ofrendarle la copa de mi admiración noble, copa rebosante y deliciosamente espumosa de cariños.

Pero no me atreví á hablarle.

Igual que el místico entra en el amado oratorio, así entré yo, acompañado de un joven amigo, socio del Circulo, en la tertulia del excelso don Ramón María del Valle-Inclán. La figura del exquisito literato que pasó su odisea penosa entre las anónimas entregas de las novelas vulgares, esta figura gigante en el hablismo de nuestra literatura del día, es mayor, mucho mayor, en las intimidades de la charla, que en sus bellos libros, con ser ellos verdaderamente gigantescos. Sus palabras, ya trabajadas en el obrador del corazón, salen á los labios,—aristócratas en el difícil arte de hablar,—como una bella canción lírica que impresionara, cuerda á cuerda, todo lo sensible de nuestro ser.

Humorista, enseñado, audaz, alentante, terco, aventurero, místico-pagano, supra-artista, noble que se desgrana en amor á los plebeyos y á las amables ranciedades del hogar que dormita allá en las perdidas sendas aldeanas, encantablemente fantástico, narrador que subyuga, todo eso, y más, se junta en el muy ilustre autor que nos dá una tan gran elasticidad talentada como la vida-vida de su *Sonata de Estío*, en la cual florece en carne la alegría placeresca de la Niña Chole, y su *Flor de Santidad*, de la cual emerge un vaho angélico, inflamablemente dulce, que se inciensa á las almas y á las cosas; y también tenemos la balsámica unción de sus versos sedosos, tibiamente sedosos, en este bello tomo que se rotula *Aromas de Leyenda*.

Quien lee una vez los libros del insigne hidalgo de rostro quevesco,—justa expresión que él dijo en su autobiografía,—comulga hostia de belleza.

Y también, al leer estos libros superbos, se hi chan las venas en un todo amor. Porque las mujeres de que nos habla Valle Inclán,—amadoras y santas,—brindan continuamente la exquisitez amorosa; y se entregan en un refinamiento á una le, ó hacen soñar en ese mismo refinamiento, como aquella hija de la alta señora Princesa Gaetani.

Yo presumo que ha de llegar un día de Primavera, y más, un día en todas las estaciones del año, en el cual se entonen loas á este ingenio peregrino, silencioso y triunfador, que pasea lentamente su magestad emperadora por nuestras viejas calles históricas, como si el mundo entero estuviera reconcentrado en su espíritu, desdeñoso de todas las alabanzas que no vengan de las limpias fuentes del corazón. Loas que no serán gloria á su triunfo solo, sino al triunfo de la nueva generación que ha de seguir las sendas seguidas por aquél, para victoria de la moderna literatura preciosista, de habla fina y joyesca, de sentires exquisitos que van conquistando, cuerda á cuerda, todo lo sensible de los hermanos.

Muchos han hablado de la labor del glorificador del Marqués de Bradomin, aunque no todos han saboreado la delicada gustosidad de sus libros; pero pocos penetraron con más acierto en esta gran faena de arte que el original y fuerte Vargas Vila en un estudio que acerca del sublime prosista-poeta, publicó recientemente en el *Nuevo Mercurio*; y es que Vargas Vila, á mi juicio, ha recibido esa monumental obra de preciosismo hablista, orgullo de nuestro florilegio literario, que comienza en las *Sonatas* y terminará en una bella relación que ha de escribir el heróico descendiente de gentes bravas cuando todos sus discípulos le cuenten del triunfo, en la silenciosa magestad del desprecio á las barreras que se opongan.

En la temprana arruga que el mucho vivir ha puesto en la frente de este gran hombre, yo he creído ver un historial aventurero que se duele de no escribir nuevas páginas. Y aun queriendo, quizá como el que más, las horas felices en torno del insigne manco, me he apresurado por el casamiento del amante de Princesas y de ardorosas niñas hijas del trópico. Porque ya no nos contará las maravillas de sus encendidas andanzas en busca de satisfacción para sus deseos de amador...— Felicidad, felicidad para ti, Maestro en esas nupcias tuyas; pero ¡oh aventurero!, ¿qué has hecho?

Don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro, es el heraldo de la tendencia nueva que abrillanta la historia literaria que ha comenzado á escribirse en tersos folios pergaminos, con letras de oro.

Detrás de él va una falange que escalará las alturas. Es indiscutible. Sería negar la fuerza de la voluntad si dudáramos del éxito de los nuevos.

¡Irán. Iremos.

Porque lo quieren los Maestros, los valiosos.

Porque lo mandan los latidos del divino arte que nos tocó con su poderosa magia.

Y el día glorioso en que pasemos, callados y magestuosos, por medio de las gentes que llenen las viejas calles de nuestras viejas ciudades, yendo en nosotros mismos, sin fijarnos en que

alguien nos señala con cariño y alguien se descubre con respeto, será el día de las loas.

Porque no serán loas á nuestras personas, sino á las obras de él, que serán las mismas de todos, á lo que hayamos hecho.

LEOCADIO MARTÍN-RUIZ.



NIETZSCHE

Es un mal de este siglo: un mal irremediable.

¡Nietzsche tú eres culpable!

Tus negros pesimismos han dejado el veneno,
Ese veneno lento que nos va aniquilando,
Y que al hombre más fuerte, más alegre y más bueno
Poco á poco lo enferma, hasta que va quedando

Pálido y abatido

Como un árbol caído

Que se va deshojando...

¡Nietzsche, tú lo has querido!

Y por eso te culpo. Que tu obra está delante:
Abre los ojos; mira: la juventud dorada

Yace como postrada...

¡Ya el amor no la inquieta con su beso fragante!

Se va poniendo triste la juventud risueña.

Es que piensa en lo inerte...

¡Y ya la imagen dulce de la risa halagüeña

Va borrándola, acaso, la mueca de la muerte!

¡Nietzsche tú eres culpable

Del mal irremediable!

Sí; tu has entristecido

La juventud que amaba al sol y al nuevo día,

Y hoy llora con la noche la perdida alegría

Que de sus corazones para siempre se ha ido!

Nietzsche, tú lo has querido!

¡Nietzsche, tú lo has querido!

EDUARDO DE ORY.

HORAS DE AUSENCIA

El amor es la sal de la existencia,
nuestra vida sin él es triste y dura,
sólo el recuerdo del amor perdura
y brilla con perenne refulgencia.

¡Aquella novia de la adolescencia
nos cura del dolor y la amargura
que á través de una sociedad impura,
nos han obnubilado la conciencia!...

¿Qué importan los teatros, los festines,
ni las orgías ni las bacanales,
ni el atroz pulular de los gentios;

Al lado de los labios chiquitines,
de los mimosos labios conyugales
que un día se pesaron en los mios?

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

POETAS AMERICANOS



Santin Carlos Rossi pertenece á la generación del Uruguay. Como poeta se ha ensayado con acierto, publicando algunas composiciones inspiradas, en las que se advierte el dominio de un sentimiento espontáneo. También se ha dedicado al periodismo, y aquí, como

en la literatura, se ha distinguido igualmente. Su primer libro publicado, lleva por título *Notas de estética*, arreglado de acuerdo con el plan de enseñanza de la Universidad de Montevideo. Para que el lector pueda juzgarle más imparcialmente, como prosista, reproducimos un fragmento de su reciente trabajo «La vida activa.»

NORBERTO ESTRADA.

LA VIDA ACTIVA

FRAGMENTO

La vieja pregunta de los siglos: debemos vivir para trabajar ó trabajar para vivir? se yergue siempre, con la misteriosa impenetrabilidad de la Esfinge, en medio del campo del pensamiento. Pero se me ocurre que antes de escrutarla, la sociedad actual, singularmente la juventud, debiera lanzarse otra pregunta previa: *vivimos?* Y la interrogación no es extraña. La vida es como un harpa colosal, de múltiple cordaje, tendida sobre el mundo, y la raza humana debe arrancarle todos sus sonidos al pasar sobre ella á la manera del viento que al cruzar por la floresta arranca un susurro á todas las hojas.

La vida no es la definición enfermiza del poeta: «sólo un sueño», es, por el contrario, el prodigioso conjunto de todas las antítesis del sueño y la definición mejor, la eclosión de todos los amaneceres y el incesante girar de los soles eternos. Vivir es crecer, es producir, es ascender en una perpetua aspiración á lo mejor. El vibrante cantor de «Los castigos» lo ha dicho en versos sonoros: «Los que viven son aquellos que luchan, aquellos cuya alma está llena de un vivo anhelo, los que escalan la ruda cima de un alto destino, los que sigan pensativos enamorados de un fin sublime, teniendo sin cesar ante sus ojos, alguna labor santa ó algún inmenso amor.»

Hay un alma del trabajo en todas las organizaciones del mundo y en todos los mundos del Universo, alma que susurra en la tímida corriente y muje en el torrente bramador, y suspira en las árras del crepúsculo y arrulla en los árboles del bosque y ruga en las alas del

huracán; alma que sin cesar circula y se estremece en el pólen que fecunda y en la semilla que estalla y en la yema que se asoma, en el átomo que vibra y en la molécula centro de una formación, en el astro que se aleja y en la estrella que tiembla, en las leyes inmutables y en las transmutaciones infinitas, en la gota de agua que se hace nube y en la nube que se hace lluvia, en el paulatino desdoble de las constelaciones y en el silencioso y eterno gravitar de los espacios.

Y el hombre, que tiene sobre esa fuerza ciega la hermosa fuerza de su voluntad ¿habría de emplearla precisamente en oponerse á la acción?... Los tiempos son de escepticismo. La alegría del vivir parece haberse alejado de las sociedades actuales, y una especie de disgusto social, un temor casi pueril á la lucha por la vida parece haberse enseñoreado del hombre contemporáneo. De ¿qué proviene ese escepticismo? Acaso la lucha por la vida se ha hecho más ruda, acaso el luchador ya no tiene el valor de las épocas de florecimiento. Ambas explicaciones tienen su base de verdad; pero no seamos injustos: no culpemos á la vida por ello. Culpemos al hombre débil, al que se abandona en brazos del escepticismo, porque se ve en un ambiente desolador; culpemos al que, pudiendo elevarse por sí mismo, no lo hace porque el compañero suyo ó el rival suyo lo han elevado los demás; culpemos al que sintiéndose con elementos para ser fuerte firmeza de carácter, talento despijado, plétora de salud, se declara vencido antes del combate, en una completa atrofia de la voluntad; culpemos al que viendo á su alcance la plaza del triunfo propio, prefiere huronear en la misma chatura, incompatible con el grado superior del hombre, de los que esperan firmemente la hora de la acción en el triunfo del amigo.

Tomad un pequeño libro que ha hecho un bien inmenso al lector pensante, «La educación de la voluntad», de Jules Payot, y vereis hasta qué punto es la voluntad el poderoso factor del progreso. El firme, el tenaz, el valioso empeño de formarse, puesto al servicio de una inteligencia mediocre, ha bastado á muchos seres para ser fuertes. Y estas palabras, ser fuertes, significan no depender de nadie en el organismo social en sentido parasitario; significan llevar en sí mismo cuanto se le menester para la vida y que el comercio social se haga á base de nuestro intercambio sólo: el más famoso de los templos helenos, el más genial de los filósofos griegos hizo grabar esta sentencia inmortal: «Conócete á tí mismo.»

Con esta reminiscencia quiero terminar esta nerviosa exhortación á la voluntad, porque el escepticismo reinante no es más que un efecto de la ausencia de fé personal, del descreimiento en las energías propias, de la concepción anémica de la vida, de la falta absoluta de valor por falta absoluta de voluntad.»

SANTIN CARLOS ROSSI.

Tienda CORONA NUEVA

EXCELENTE MANZANILLA. AMONTILLADO SELECTO.

Alcalá Galiano, 5.—Cádiz

Manuel
de Cerán

PROCURADOR
Sacramento 52. CADIZ



LA INDUSTRIAL

de Enrique ANDREY SANCHEZ
Calle TOPETE 7, Cádiz

Extenso surtido en GORRAS de todas clases y formas — Confección esmerada. — Precios económicos.

Representante **Juan Ruiz**

TALLER DE CORDONERIA y Pasamaneria.—Proveedor de la Compañía Trasatlántica. Especialidad y competencia con los demás de su clase.
BUENOS AIRES, 8.—CADIZ.

PASTELERÍA DE VIENA

Confección de Ramilletes, Dulces y Tartas — Especialidad en fiambres de todas clases.

CALLES NOVENA
Y SAN MIGUEL.—CADIZ

Baños de Agua dulce
Y MEDICINALES

Salvador Robles

Vea-Murguía 29, (antes Marzal)
CADIZ

TARJETAS DE VISITA

DESDE 125 E. 100

Imprenta Beato Diego de Cádiz
número 6.—CADIZ

Gran H. Roma.—BUENOS AIRES NÚMERO II.—CÁDIZ
Casa de primer orden

SERVICIO ESMERADO Y ECONÓMICO. Coche á todos los trenes y vapores

Gratis con el equipaje á los pasajeros que se hospeden en esta casa.

JOSÉ MORENO UTRERA

(Sucesor de PLÁCIDO VERDE)

Grandes Talleres de Sastrería y Tejidos

Confección pronta y esmerada

Últimas novedades Grandes existencias

La primera casa de Andalucía. Premiada en varias Exposiciones

GRAN PREMIO en Paris y en Barcelona.

Calles S. Francisco, Sánchez Bareaiztegui, Isaac Peral

y Blanqueto.—Toda la manzana.

Manuel Sancho Garcia

ESCENÓGRAFO

Decoraciones en Papel

Patente N.º 43.508.

Talleres y Oficina: San José 67, CADIZ

OBRAS DE EDUARDO DE ORY

Aires de Andalucía, Ptas. 2—Laureles Rosas, 1'50—La Primavera Canta...
1'50—Bouquet de Azucenas, 1—La Musa Nueva (florilegio) 3
Mariposas de Oro, 4.

Los pedidos al autor, Alameda 18, Cádiz ó á la Librería de
D. GREGORIO PUEYO, Mesonero Romanos 10, Madrid.

de MATIAS RODRIGUEZ DE LA TORRE.—Novedad y buen gusto.—Precios sin competencia.—APARADORES buena construcción desde 90 PESETAS.—Mesas de comedor para 6, 8, 12 y 18 cubiertos desde 30 PESETAS.—COLUMELA Y ROSARIO.—CÁDIZ. Teléfono núm. 116 y 117

FÁBRICA DE MUEBLES

LA ELÉCTRICA (antes HOSPITAL DE MUJERES) CÁDIZ

Material para instalaciones de GAS y ELECTRICIDAD.
Instalaciones completas a precios económicos.—Manguitos desde 50 céntimos y TUBOS desde 60 cénts.—Especialidad en el MECHERO INVERTIDO.
De gran intesidad y economía.

Se ruega á los Sres. abonados se sirvan dirigir sus reclamaciones directamente á la casa.

LA CRUZ BLANCA

GRAN CERVECERÍA Y CAFÉ
Mendez y Barrios. - *Duque de la Victoria,*
(ANTES NUEVA.) — CÁDIZ.

Taller de Platería de CARLOS CORDONNIER

Sagasta 30
CÁDIZ
Construcción de toda clase de alhajas.
Compra de oro, plata, platino y piedras preciosas.
ON PARLE FRANÇAIS

José Garcia de Cosío

COBOS 6, Cádiz
ACEITES Y HARINAS
AL POR MAYOR



NUESTRO CERTAMEN

DIANA abre un certámen desde esta fecha, para premiar con un precioso objeto de arte, la mejor poesia que no exceda de cincuenta versos:

A LA MUJER GADITANA

BASES

- 1.^a Todos los trabajos han de ser originales é inéditos; escritos con le tra legible y sin señal alguna que de note su procedencia.
- 2.^a Cada pliego llevará un lema, y en sobre aparte, que ostentará el mismo lema, se indicará el nombre del autor y señas de su domicilio y residencia.
- 3.^a Todos los trabajos serán remitidos al director de DIANA (Alameda 18, Cádiz), antes de las doce de la noche del 15 de Agosto del corriente año.
- 4.^a No se devolverán, aunque no se premien, las poesias

que sean remitidas al concurso, quedando todas de propiedad de la Revista, que podrá publicar las que el jurado estime acreedoras á ello.

5.^a El jurado examinador de los trabajos, será compuesto por escritores de reconocido prestigio, cuyos nombres se indicarán en breve. Dicho jurado podrá declarar desierto el concurso si no encontrase mérito suficiente en ninguna de las composiciones enviadas, y así mismo podrá conceder «accesits» á las que estime dignas de tal distinción.

6.^a DIANA, al insertar el fallo del jurado, publicará el retrato del autor ó autores laureados.

7.^a Los «accesits» consistirán en suscripciones perpetuas á DIANA.

Y 8.^a Los trabajos que se presenten á este certámen sin sujeción á las condiciones indicadas, no serán admitidos.